

lizable y adaptable á las necesidades humanas, juntamente con una organización equitativa del trabajo, del cambio y de la distribución de los productos. ¿Puede creerse que con la carencia de circunstancias tan esenciales existiera la *economía*? Las crisis industriales, la aglomeración de habitantes en los grandes centros de población, la miseria de las poblaciones rurales, las emigraciones en masa y las guerras para la conquista de nuevos mercados dan también respuesta negativa.

En el orden moral es socialmente justo lo que por el concurso de todos á todos beneficia por igual.

En el orden material es socialmente económico lo que por todos y para todos produce más y mejor resultado con menor esfuerzo.

Si con el criterio que de estos principios sociales se desprende, juzgamos la actual sociedad, llegaremos á un severísimo juicio.

Encontramos que el producto se obtiene por el concurso de capitalistas y obreros: los primeros en posesión de la tierra, del capital, del crédito, de las primeras materias y de los grandes instrumentos del trabajo; los segundos poseyendo únicamente sus brazos y un empirismo práctico.

Para el capitalista, la propiedad del producto, más los beneficios de su venta.

Para el obrero, que ha vendido su trabajo por el jornal, cuando como consumidor necesita el mismo producto que ha creado, ha de pagar la usura al capitalista; sin contar el peligro de que por la adopción de una máquina quede despojado de su oficio, que es su único medio de subsistencia.

Semejante fundamento social, considerado con el criterio de estricta *justicia*, es inmoral é injusto, aunque sea cristiano (véanse la parábola de los talentos, Mateo, xxv, 14 á 27, y la encíclica *Resum Novarum*), y legal (véanse los arts. 350 y siguientes del

Código Civil español, sobre la propiedad, en concordancia con los Códigos de todas las naciones). Por él, el llamado pacto social es un contrato leonino en el que quien contribuye con más es quien reporta menos en odiosa desproporción. Considerado con el criterio de la *economía*, es desordenado é irregular, toda vez que con ese sistema de producción se pierden fuerzas, inteligencias, actividades é iniciativas.

Tan inícuo como torpe procedimiento es causa de un dualismo social que divide los hombres en explotados y explotadores, y se opone á la fraternidad y solidaridad que debe existir entre todos los miembros de la gran familia humana.

Vemos, pues, que lo que en el mundo de la tradición se entiende por *justicia* y por *economía* en el mundo de la razón y de la ciencia es *injusticia* y *despilfarro*.

Para que la *justicia* y la *economía* sean una verdad en los hechos y en la apreciación general de todas las inteligencias, necesitase una transformación social que destruya todos los privilegios y una difusión de la ciencia que desvanezca los errores tradicionales y los espejismos con que los falsos sistemas alucinan á los sectarios.

Hoy que los trabajadores, constituidos en potencia social, proclaman que su emancipación ha de ser su propia obra, deben penetrarse bien de la noción exacta de *justicia*, despojada de todo carácter místico, y de la de *economía*, como expresión íntima de la fusión del egoísmo y del altruismo; estudiarlas en el seno de sus organizaciones; prepararse á llevar á la práctica sus conclusiones, y acelerar la obra revolucionaria, porque sólo de este modo pueden, en medio de la injusticia y del desorden de la presente sociedad, anticiparse á servir la causa de la *justicia* y de la *economía*.

ANSELMO LORENZO

NOTAS: El próximo número publicaremos la correspondencia administrativa y los nombres de los morosos.—Recomendamos á nuestros lectores la lectura de *Ariel*. Contiene admirables selecciones de *El Hombre y la Tierra* de Reclus. Precio 25 cts.